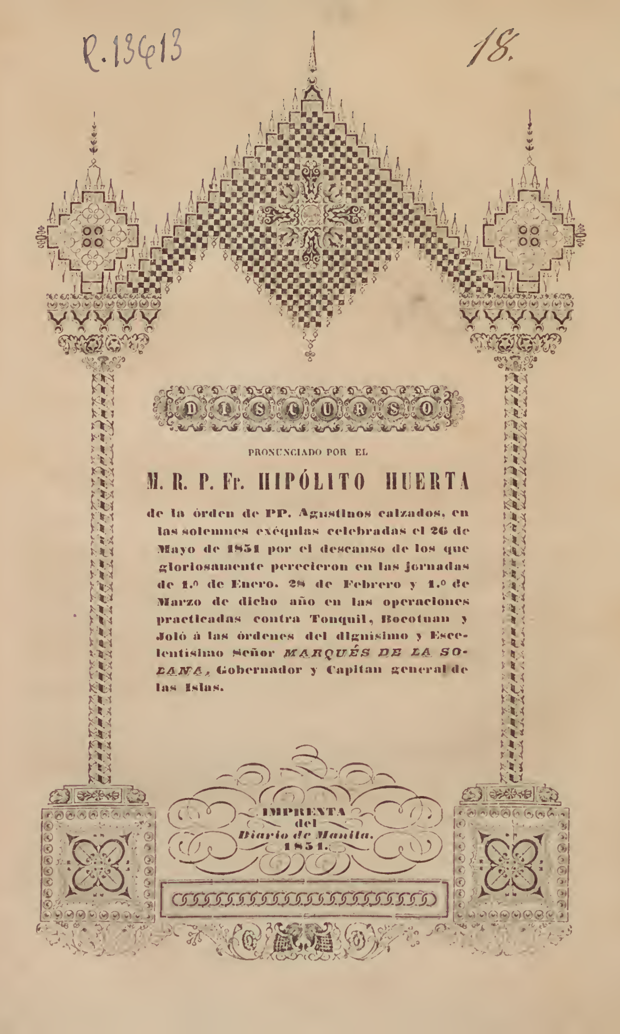


DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

M. R. P. Fr. HIPÓLITO HUERTA

de la órden de PP. Agustinos calzados, en las solemnes exéquias celebradas el 26 de Mayo de 1851 por el descanso de los que gloriosamente perecieron en las jornadas de 1.º de Enero, 28 de Febrero y 1.º de Marzo de dicho año en las operaciones practicadas contra Tonquil, Bocotuan y Joló á las órdenes del dignísimo y Escelentísimo Señor *MARQUÉS DE LA SOLANA*, Gobernador y Capitan general de las Islas.

IMPRENTA
del
Diario de Manila.
1851.



Considera Israel ***pro his qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati. Incliti Israel interfecti sunt.***

Lib 2.º Regum. Cap. 1.º §. 18 at 19.



Excelentísimo Señor:

Un hombre formado segun el corazon de Dios, lleno de fé y todo ocupado del pensamiento de la eternidad: un hombre Santo, preelegido para gobernar un pueblo predilecto y pelear las batallas del Dios de sus Padres: un hombre inocente perseguido de un rival injusto y precisado á buscarse un asilo en un reino estraño é idólatra: David, el tierno y sensible David, apenas recibe la infausta noticia de la derrota del ejército de Israel y de la desgraciada muerte de sus valientes capitanes Saúl y Jhonatás, gimió inconsolable, lloró amargamente y endechó este cántico fúnebre; el mismo, Católicos, que el cielo dirige en este dia á estos leales guerreros por mi ministerio.

«Considera, oh Israel! Ten presentes á los que cubiertos de heridas »murieron en el campo de batalla. Tus ínclitos, tus robustos varones, tus »intrépidos soldados fueron muertos. Ah! ¿Cómo cayeron los fuertes? ¿Cómo »fué abatido el escudo de tus valientes cuyas flechas nunca volvieron atrás, »cuya espada jamás se retiró en vano? Llorad, hijas de Israel, llorad so»bre vuestros defensores.» Murieron los que pródigos de su sangre y de su ecsistencia sostuvieron el honor nacional: finaron los fuertes: la muerte airada abrevió con crueldad su preciosa vida: murieron.

Oh Israel! considera: ¡Oh Madre España! mira los esforzados campeones que cubiertos de heridas en la defensa de este rico brillante de tu dia-

dema, murieron en remotas playas, lejos de tí y á manos de piratas sanguinarios. Contempla, oh dulce pátria mia! el valor y el heroismo de estos hijos, que alegres y gustosos espusieron sus personas por librar á los pacíficos y venturosos moradores de estas Islas del robo, de la esclavitud y de la muerte, con que eran trabajados sin cesar por los feroces habitantes de Joló.

Considerad, oh leales Filipinos, los restos preciosos, las inanimadas cenizas de vuestros defensores. ¿Dejaréis ociosos y sin efecto los incontestables derechos que tienen á vuestra gratitud? Unas sienes recientemente ceñidas con laureles salpicados con la sangre de vuestros mas encarnizados enemigos: unos pechos, que sirvieron de baluarte á los obstinados tiros que los bárbaros joloanos dispararon contra vuestra amable libertad: unos hombres que á la tierna cualidad de hermanos vuestros reunieron el inapreciable mérito de defensores de vuestra ecsistencia política con dispendio de su sangre y de su misma vida; estos ilustres y beneméritos héroes ¿habian de quedar confundidos para siempre bajo la misma losa fria que cubre los despojos de aquellos, que abandonados á una torpe indolencia consagran sus dias al ócio, al regalo, á la comodidad, à los placeres? Sus almas grandes y generosas ¿habian de llorar, despues de una muerte gloriosa, los efectos de la dura insensibilidad de los vivientes? Considera, oh ilustre vencedor de Joló. Noble caudillo del triunfante ejército Filipino! Tú que tan cara supiste vender la preciosa sangre derramada por nuestros valientes: tú, que con sábias y acertadas disposiciones conseguiste economizar de un modo tan admirable las inapreciables vidas confiadas á tú cuidado: tú, que, como otro David, derramaste tiernas lágrimas sobre la tumba de esos inmortales guerreros, hallando mas cabida en tu sensible corazon el dolor que te causaba su pérdida, que la justa satisfaccion que debia producir en tí un triunfo tan completo como alcanzaras sobre nuestros enemigos: considera y considerad tambien vosotros, dignos compañeros y herederos del valor, de la virtud, de la heroicidad de aquellos bravos, que murieron consagrados al servicio de la pátria! No defraudeis á sus magnánimas virtudes del honor que les es debido. No olvideis los gloriosos ejemplos que os legaron al separarse de vosotros. Tened presentes sus virtudes y heroismo para imitarlos, y su situacion acaso menesterosa para auxiliarlos. Este es el justo tributo que os ecsijen desde el triste sepulcro que atesora sus nobles cenizas. Esto mismo es lo que forma todo el plan de mi discurso y lo que ha de servir de objeto á vuestra benévola atencion.

Dios del tiempo y de la eternidad. ¡Dios de los vivos y de los muertos! Yo imploro humilde vuestra divina asistencia para poder llenar mi deber en este dia: para poder hablar dignamente del grandioso objeto que nos ha reunido en este Santo Templo. Concedédmela. Dios mio! por la intercesion de vuestra Santísima Madre á quien saludamos reverentes: *Ave María.*

TEMA UT SUPRA.

Formidable es sin duda la imágen de la guerra; pero por mas terrible y espantosa que se presente á nuestra vista no puede dejar de interesarnos como un compendio que es de la historia de todos los pueblos. Con efecto; despues que el hombre con insensato empeño se rebeló contra su Dios, todo á su vez se rebeló contra el hombre, y aun el mismo hombre vuelto contra sí mismo dió principio á esa lucha fratricida, que cuenta los años de su duracion por los del mundo y que desgraciadamente no tendrá fin hasta que desaparezca el hombre de sobre la faz de la tierra.

La inocente sangre del justo Abel fué la primera que pagó tributo á ese caudaloso rio, que en algunas edades alcanzára tan enormes dimensiones que parece iba á sumergir la tierra. Tan grande y espantoso era el número de víctimas que sucumbian por el hierro y por el fuego!... No parece sino que la tierra se negaba á dar sus frutos á no ser regada con torrentes de sangre, y que el aire se resistia à ser aspirado de los vivientes sino era nutrido con numerosos alientos de otros hombres. Horror causa el abrir los anales é historias del universo. El ánimo se fatiga y el corazon se oprime al leer tantas muertes, tanta desolacion, tantas ruinas. Todas y cada una de sus páginas están cubiertas de caracteres de sangre. Diríase que el historiador al querer narrar los sucesos de las naciones habia mudado de intento y consignado los delirios de una imaginacion febril, ó bien la sangrienta carrera de una tribu fiera y salvage, que poseida de un vértigo estraordinario sembrase por do quiera el espanto y la desolacion.

Avezado el corazon del hombre á derramar con tanta facilidad la sangre de sus semejantes, habia llegado á hacerse un hábito de los instintos feroces, y una vana pretension, un loco capricho, creíase á veces sobrado motivo para hacer perecer á millares de infelices. En suma, Señores, los hombres vieron sobre la tierra al poder, á ese bello atributo de la Divinidad, y en vez de usar de él como el mismo Dios les prescribiera, lo destinaron á ser juguete de ambiciones injustas, de pérfidas venganzas, de pasiones viles; y lo que debiera ser acatado como una imágen del Ser supremo, llegó á ser aborrecido como un símbolo siniestro de opresion y tiranía.

Pero la aurora de la civilizacion apareció un dia á los mortales. El cristianismo esparció su brillante luz sobre el caos tenebroso que envolvia al mundo, y la noble institucion de la milicia, dirijida por Jesucristo al sublime fin á que debia ser encaminada, recobró de nuevo todo su esplendor y surgió lozana y gloriosa del polvo en que la habian sepultado las pasiones. He dicho que Jesucristo señaló un norte á la guerra; y acaso os sorprenderá ver mezclado con las armas el nombre de aquel que vino á enseñar á los hombres la paciencia, la humildad y la man-

sedumbre: de aquel de quien nos dice la Escritura: que no acabaria de romper una caña quebrantada ya, ni apagaría la lumbre de una pavesa encendida aun y prócsima á estinguirse. Pero habiendo venido Jesucristo á darnos ejemplo de todo género de virtudes ¿podia haber olvidado el celo y el valor? No, Señores. Modelo de mansedumbre y de dulzura, al ver el templo de su Padre profanado por los inherentes publicanos, poseido de justa indignacion y ardiendo en vivísimo celo, echó por tierra todos los objetos de profanacion y armando su potente diestra de un azote que formara en el momento, lo descargó sobre los delincuentes; dejándonos consignadas en un hecho tan sencillo las causas que deben movernos á usar de la espada de la justicia y á blandir el azote contra los culpados.

En efecto: la profanacion del ara doméstica, del altar de la pátria, del templo de nuestro Dios: ved ahí el único resorte que debe mover el brazo del poder personificado en el soldado. El velar por la seguridad del ciudadano, el defender la integridad de la pátria, el proteger la Religion: ved ahí el noble fin á que fué dirigida por Jesucristo la admirable institucion de la milicia: ved ahí la sagrada mision de un militar cristiano sobre la tierra. Ah! Y qué espectáculo tan interesante ofrece ese soldado situado á la entrada del hogar doméstico, velando por la seguridad y bienestar de las familias! Qué magestuoso é imponente aparece ese militar guardando con espada en mano las puertas de la pátria y ejerciendo el elevado cargo de ángel tutelar de la nacion¡ Qué grande, en fin, qué poético y qué sublime se presenta á nuestra vista ese guerrero custodiando los umbrales de un templo y como haciendo la guardia al Dios fuerte y poderoso, que se complace en llamarse Dios de los ejércitos!

Tan interesante y tan sublime ha debido aparecer á los ojos del mundo el soldado Filipino peleando en la célebre jornada de Joló por la defensa de sus hermanos, de su pátria y de su Religion. Joló, ese pueblo infando, donde habia consolidado su horrible trono el génio del mal y de donde saliendo con frecuencia se presentaba á las Islas circunvecinas y batia sobre ellas sus negras alas, y derramaba por do quiera el llanto, la muerte, la cautividad; y paseando su mirada atroz sobre un campo de desolacion é insultando con imprudente y cruel sonrisa á los Filipinos lastimados, volvia satisfecho á ocupar el trono que antes abandonára. Pues bien, ese pueblo maldito acaba de desaparecer de sobre la tierra; ese trono detestable no ecsiste ya, merced al esfuerzo, al valor, al heroismo, desplegado por el valiente ejército á quien tengo el honor de dirigirme.

Pero ah! que no es posible hablar de esta importantísima victoria sin que el corazon se llene de amargura y de dolor al recordar el costoso precio á que fué comprada. No es posible tratar de ese memorable triunfo sin pagar el triste tributo de las lágrimas á aquellas almas grandes y generosas que sacrificaron su ecsistencia por hacernos venturosos y felices.

Sí, Señores; el derramar copiosas lágrimas á la memoria de los que murieron en la célebre batalla de Joló es una muestra de nuestra gratitud hácia aquellos ilustres guerreros: es una prueba de lo sensible que nos ha sido su pérdida; es tambien un deber que nos impone la Religion. La Religion, ah! qué grande y que divina se ostenta conduciendo á estos bizarros y esforzados militares á este Santo Templo para llorar sobre la tumba de sus hermanos y compañeros de armas muertos en el campo del honor!... Llorad, pues, como lloraron Judas Macabeo y sus hermanos la pérdida de los que murieron por el sostenimiento de las leyes pátrias. Llorad, como lloraba David la muerte de los que habian fenecido en Gelboe y esclamad con este Santo rey: Ah! ¿cómo cayeron los fuertes? No llevеis la nueva á Geth, ni lo publiqueis en las plazas de Ascalón, porque no se alegren las hijas de los Filisteos, ni hagan fiesta las hijas de los incircuncisos. Montes de Gelboe! Playas de Joló! Ni la lluvia ni el rocio vengan sobre vosotros ni seais campos de primicias: porque allí fué despezado el escudo de tus valientes, el escudo de un ilustre Sacerdote, como sino fuera ungido del Señor.

Doleo super te frater mihi Jonathas! Lloro especialmente sobre tí, Pascual, hermano mio! amable sobre el amor de las mugeres! Como una madre ama á su hijo único, asi te amaban cuantos tuvieron la dicha de conocerte, cuantos pudieron apreciar de cerca tu valor y tus virtudes. Modelo de religiosos en el claustro y dechado de militares en el campo del combate, supiste aunar en tu corazon de un modo prodigioso la bravura del leon con la mansedumbre del cordero. Constituido por la divina Providencia Padre y Pastor de los Visayas, contemplabas con indecible pena y amargura el inhumano destrozo que hacian en tu querido rebaño esos lobos carniceros que poblaban la isla de Joló. Cuántas veces, herido de este doloroso recuerdo, sentiste hervir la sangre en tus venas y levantarse tu pecho en justa indignacion! Cuántas veces, al considerar con tristura tu impotencia para remediar tantos males, elevastes fervientes preces al Dios de los ejércitos á fin de que colocase al frente de esta envidiable colonia un valeroso y diestro caudillo que diese su justo merecido á esas hordas salvajes y sanguinarias, que tan desapiadadamente maltrataban al pacífico y honrado Filipino! Y el Dios de Sabaoth oyó en su misericordia tu plegaria y accediendo á tus humildes y fervientes ruegos, hizo que en nuestra amada pátria fuese escogido para el Gobierno de estas Islas ese general ilustre, á quien en sus inescrutables arcanos tenia destinado para dar gloriosa cima á esa memorable hazaña. Con increible gozo supiste, que habia salido de esta Capital ese dignísimo gefe, resuelto á poner un freno á las demasías de aquellos bárbaros y á castigar, en caso necesario, su insolencia y crueldad. Y al verle aportar felizmente á Zamboanga, rebosaba tu pecho de contento, y postrado delante del Altísimo tributábasle incesantes gracias, porque al fin se habia compadecido de sus siervos.

Testigos fueron desde el general hasta el último soldado de aquella prodigiosa actividad, de aquella elevada inteligencia, de aquel talento militar que tan grandes y oportunos servicios prestára al ejército y á la armada. Testigos fueron todos de tu entusiasmo, de tu amor á la pátria, de aquel celo que te devoraba por la casa del Señor, de aquella caridad que te hizo esponer tu vida por la de tus hermanos. Testigos fueron, finalmente, tanto nuestras tropas como los bárbaros joloanos de aquel arrojo é intrepidez, de aquel valor heróico con que subiste de los primeros al muro enemigo donde recibiste como en pago de tan esclarecida hazaña aquel golpe fatal que al fin te privó de la ecsistencia. Ah! Cuán lejos estaria tu corazon de presentir, cuando henchido de noble entusiasmo marchabas á combatir los enemigos de tu Religion y de tu pátria; cuán lejos estarías de presentir al conducir sobre tus hombros como otro Isaac la leña para el holocausto, que tu eras la víctima destinada al sacrificio! Sí, porque un corazon jóven y valiente está muy lejos de augurar la muerte y el sepulcro. Pero el Señor, de cuya diestra pende el destino de los mortales y á cuyo supremo querer se apaga ó se enciende la antorcha de la vida, determinó en sus adorables juicios llevarte hácia sí tan pronto para premiar en el cielo aquella ardiente caridad, que segun el Evangelio, no cabe ser mayor que cuando se dá la vida por sus hermanos. Ah! Qué bien parece en un hijo de mi G. P. S. Agustin, de aquel Agustino tan sensible, tan tierno, tan amoroso, el morir, como tu moriste, víctima de la caridad!

Tambien lloramos sobre vosotros, magnánimo y valeroso Sebastian y demas soldados españoles! Vosotros que por servir á vuestra pátria abandonásteis vuestro suelo nativo, desamparásteis á vuestros afligidos padres, á vuestros hermanos y parientes que tanto os querian; que dejásteis todo lo mas amable é interesante que conoce el corazon del hombre sobre la tierra; que surcásteis procelosos mares; que vinísteis á habitar paises desconocidos y que no habeis tenido la dicha de volver á ver á vuestros ancianos padres, que con impaciente y amorosa ánsia esperan acaso aun poderos estrechar entre sus brazos! Qué triste seria vuestra suerte, si al morir tan lejos del suelo que os vió nacer, no hubiéseis muerto como los héroes, como mártires de la Religion y de la pátria! Pero habeis sabido conquistaros una muerte gloriosa; y el cielo os otorgará la corona del triunfo y los hombres os reservarán una página brillante en las historias.

Lloramos, en fin, sobre vosotros leales y honrados Filipinos muertos en la batalla de Joló! Vosotros, que dotados de un corazon sencillo y bondadoso parecia no podrias sentir el furor de los combates, aquel fuego divino, que obra tantos prodigios en las batallas y que ha formado los héroes de todas las edades. De hoy en mas, el mundo os juzgará con equidad: apreciará, como es debido, vuestra obediencia y subordinacion á los gefes, vuestra serenidad en los peligros, vuestra intrepidez y valor en el combate. La Madre España, y los reconocidos habitantes de

estas Islas, al palpar los felices resultados de vuestro sacrificio, conservarán vuestra memoria con honor y ofrecerán incesantes votos al Altísimo por vuestro eterno descanso y felicidad.

¡Oh héroes inmortales! Hostias puras, sacrificadas en el Altar honorable de la pátria! Estimables víctimas inmoladas por nuestra propia seguridad! Inclitos del nuevo Israel! Robusta juventud española! Tus heróicas virtudes, tus marciales ejemplos se celebrarán de generacion en generacion. Tus nombres se invocarán con respeto. Tú marchaste presurosa al campo de batalla, tú atravesaste impávida peligrosos mares, tú abordaste playas enemigas, tú escalaste altos y fortificados muros. Tu corriste...... que mas diré? No otra cosa, Señores, que espresar con mis labios las mismas tristes voces que nos dirigen desde su sepulcro: Tened en consideracion, oh compañeros! nuestra dolorosa situacion: auxiliadnos en nuestras penas.

Esto solo exijen de nosotros, nuestros beneméritos y nunca bien celebrados defensores. ¿Les negarémos, católicos, este único consuelo que esperan recibir de nuestra sensible caridad, en galardon y premio de la sangre que derramaron, de la vida que perdieron por nuestra causa y por nuestros propios intereses? ¿Ahogarémos violentamente en nuestro pecho aquellos nobles sentimientos de humanidad que esperimentamos á la vista de un infeliz? ¿Añadirémos á los Santos rigores con que la Divina Justicia purifica en las cárceles del Purgatorio á estos ilustres cautivos, añadirémos el rigor de nuestra indiferencia, de un cruel é inhumano olvido?

¡Oh tú, ilustre guerrero, que mereces disfrutar tranquilo, que gozas hoy de las ventajas de la victoria, que te adornas ufano con los laureles del triunfo; repara; atiende, elévate sobre lo visible; fija tu religiosa atencion en aquellos tus hermanos y compañeros de armas que murieron cargados de coronas gloriosas ganadas contigo en el campo del honor. Préstate dócil á los sentimientos de la fé. Ya murieron, es verdad; aquellos con quienes dividias tu amistad; que te acompañaron en el comun peligro, que contribuyeron á tus glorias, que siempre te fueron fieles; ya murieron. El decreto irrevocable del Dios justo los separó para siempre de nosotros. Pero sus almas viven aun; no están libres de males; padecen. Ellos callan: no tienen lengua para clamar. Sus huesos descansan en paz, sus cenizas están mudas. Pero lo está acaso nuestra comun Madre? Ah! la iglesia nos insta con sus tiernos clamores. No ceremos nuestros oidos á las lastimeras voces con que en su nombre nos dice: *Apiadaos de mi, á lo menos vosotros mis amigos. Compadeceos de mí, porque la mano del Señor me ha herido!*

Mostrémonos sensibles á su lamentable situacion. No limitemos nuestros caritativos servicios á solos sentimientos esteriores. Cumplamos con los deberes que nos imponen los sagrados vínculos de caridad que nos unen á ellos conforme á la célebre sentencia de Crisóstomo: *pro lacri-*

mis, pro luctu, pro monumentis; preces, eleemosynas oblationes exquiramus. Clamemos al Dios de la Clemencia; pidámosle su pronta y entera libertad. Postrémonos con confianza ante el dulce y paternal trono de su misericordia, á fin de que merezcan ser contados entre los hijos predilectos de la inmortal Jerusalen, donde para siempre

REQUIESCANT IN PACE. AMEN.

Quingua y Mayo 10 de 1851.

Fr. Hipólito Huerta.



